

Entre ayer y hoy:

motivos rusos

José Fernández Vega*

1.

Por muchos motivos Rusia ronda la imaginación occidental desde que ese inmenso país, que sigue siendo el más extenso del globo aún después del desmembramiento de la URSS, se convirtió en un actor de estatura internacional en la edad moderna. No todos esos motivos son positivos ni verídicos; en su mayor parte se ofrecen como pares contrastantes. Rusia fue una zona donde se produjo arte moderno y contemporáneo de primer nivel, pero también un territorio donde dominaba la violencia de clase y el mayor despotismo político. Sus científicos han hecho tantos aportes extraordinarios y al mismo tiempo su pueblo ha vivido sumido en servidumbres de distinto tipo durante largos períodos. Los contrastes, por hablar sólo del siglo XX, podrían enumerarse al infinito: la esclavitud impuesta por los zares y la libertad prometida por el partido de Lenin, las atrocidades de Stalin y el vuelo conceptual que llevó a la cosmonáutica, la épica guerra contra Hitler y la mediocridad burocrática que aplastó a la sociedad.

Pese a su admirable cultura artística por no hablar de la tecnología y la ciencia, Rusia conserva un rasgo de ferocidad inherente a su imagen. A veces esa aspereza se atribuye a la naturaleza, al invierno durísimo, a las estepas inhabitables. Civilización y barbarie, una combinación para nosotros polémica aunque familiar, se conjuga también con la representación de ese país tan próximo como exótico. Un mito político y estético, una realidad poco conocida: un misterio. Ese es el punto de partida de Martín Baña en **Rusia hoy**.¹

2.

Hay un rasgo singular en este libro (o en su autor). Por lo general, como vislumbró Noé Jitrik hace años, los académicos locales se dedican a temas que simplificó en dos grandes nombres propios: Borges y Perón. Esa condensación nominal

puede amplificarse: la literatura y la historia argentinas. Esos fueron los asuntos que también interesaban de la Argentina en el exterior. Es evidente que ya no movilizan tanta atracción como en el pasado. Aunque también es cierto que los escasos académicos que se dedicaron a temas internacionales no recibieron ni atención ni apoyo. ¿Cuántos europeístas hay entre los historiadores, cuántos que se dediquen, por ejemplo, a la historia de Asia? ¿Qué nivel o amplitud tienen las intervenciones críticas sobre literaturas que no sean en nuestro idioma?

Esto resulta también curioso porque la formación de esos académicos suele ser muy cosmopolita a nivel teórico. Y es asimismo cierto que historiadores de gran influencia fueron medievalistas, José Luis Romero, por ejemplo. ¿Pero cuántos especialistas hay en Brasil, nuestro principal socio comercial, por no hablar de EE. UU. o alguna potencia europea como Francia, Gran Bretaña o Alemania? Últimamente hay estudiosos de China, por suerte, y alguno se ocupa de Corea del Sur, un país con gran presencia de emigrantes entre nosotros.

En contraste con la persistencia narcisista, digamos, de la historiografía local, los que vienen de una formación filosófica apenas tienen contacto con alguna tradición cultural nativa. Todo sucede en otras lenguas: en griego, en alemán, en latín, inglés o francés. Esto está comenzando a equilibrarse desde hace algunas décadas. Pero quienes se forman en disciplinas tradicionales, dominadas por el castellano, y se consagran a estudiar países radicalmente otros son una minoría interesante.

Baña se dedicó a la historia rusa y adquirió el idioma, lo que le permite explorarla de primera mano. Su perfil en el espectro nacional es muy inusual (no está solo, sin embargo, hay esclavistas muy activos en el campo literario y otros historiadores). Pero un examen de su trabajo habla también de nuestra cultura. Y de nuestras tradiciones políticas, porque cuesta pensar que no se haya desarrollado una corriente de estudiosos sobre Rusia con todo el interés, tan apasionado como ambivalente, que despertaba en su momento la Unión Soviética en el diverso mundo de las izquierdas. Menos comprensible es que una organización con muchos recursos y tan estrechamente vinculada a la

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de Buenos Aires. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6857-4786>
Correo electrónico: sefeve@gmail.com

1 Martín Baña, **Rusia hoy**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2025.

URSS como el Partido Comunista local no haya estimulado y sostenido esos estudios. Lo que sabíamos de Rusia en esa época venía procesado de los centros de difusión o de lenguas extranjeras de Moscú.

3.

El inicio de **Rusia hoy** puede resultar curioso porque busca llamar la atención sobre algunas remotas referencias a ese país en la cultura popular argentina evocando tangos que a lo largo de los años 1930 aludían de una manera u otra a Rusia. Baña hace también referencia a Agustín Magaldi y a "Mi noche triste" grabado nada menos que por Carlos Gardel en 1917 y que, según Ricardo Piglia, fue el primer tango registrado y cantado con una letra que no era de milonga. Baña nos recuerda que Magaldi fue uno de los más tempranos intérpretes de ese nuevo género musical. De modo que inaugura todo un nuevo estilo que culminaría unas tres décadas más tarde con "La última curda", versión de Roberto Goyeneche con la orquesta de Aníbal Troilo, en 1955, año del golpe de estado contra Perón, a tres años de la muerte de Evita y a dos de la de Stalin. Todo lo que vino después fue una supervivencia del género, a excepción de la última evolución vital impulsada por Astor Piazzola. Todo esto según la mirada de Piglia.

De modo que el tango y una cierta imagen popular de Rusia surgen casi al mismo tiempo en nuestra geografía. Esa representación del país en la letra de otros tangos, con temas rusos, implican un estereotipo manifiesto: los borrachos de vodka, la nieve, los espacios infinitos de Siberia. El retrato argentino de comienzos de siglo es la Rusia de anteaer con la que se inicia el relato de Martín Baña; el momento coincide con la emergencia de un nuevo tipo de cantante de la música urbana en el año de la Revolución de octubre. Es como si la que mucho después fue denominada sociedad del espectáculo diera sus primeros pasos en un rincón lejano, en el suburbio imaginario o real. Los desvíos musicales son una constante en el libro de Baña; funcionan como atajos hacia algún centro.²

2 La atención que se le dedica a la música tiene que ver con un antiguo interés del autor por ella, tal como lo atestigua su primer libro: **Una inteligencia musical. Modernidad, política e historia de Rusia en las óperas de Mussorgsky y Rimsky-Korsakov (1856-1883)** (Buenos Aires, Gourmet Musical, 2017). Más tarde publicó otros dos volúmenes dedicados a Rusia, pero centrados en momentos históricos: con Pablo Stefanoni había publicado **Todo lo que necesitás saber sobre la Revolución Rusa** (Buenos Aires, Paidós, 2017); y el libro previo al que se comenta aquí fue: **Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin** (Buenos Aires, Crítica, 2021).

4.

Rusia hoy se organiza alrededor de tres grandes temas: el comunismo, el autoritarismo y el imperialismo. ¿En qué medida el país está implicado en cada uno de estos asuntos? El que encabeza la lista parece el más sencillo. Fue el primer escenario de un gobierno comunista en la historia. Se proyectó en todo el mundo como un mito increíble: un territorio sin patrones, libre. Esa experiencia no pudo traspasar el siglo. Una década antes del final del siglo XX la Unión Soviética se derrumbó y dejó paso a la transición al capitalismo más cruel que se pudiera imaginar. Los últimos diez años del siglo pasado fueron horripilantes para los antiguos soviéticos; la magnitud del sufrimiento que experimentaron nos permite comprender mucho de lo que vino después, Vladimir Putin incluido.

La sociedad fue sometida a un largo tormento, todos los indicadores sociales colapsaron: los de salud y nutrición, la expectativa de vida. Fue una catástrofe humana. Borís Yeltsin, el primer presidente de Rusia, un miembro de la antigua *nomenklatura*, velozmente reconvertido en gestor de los intereses occidentales y particularmente corrupto incluso para los estándares de la época, entregó por completo a Rusia a un proceso de sorprendente acumulación primitiva del capital.

Más que acumularse, el capital cambiaba de manos, pero lo hacía con un increíble nivel de violencia: no sólo por la explotación brutal y el hundimiento del nivel de vida general sino por las luchas mafiosas entre facciones de ex burócratas que aspiraban a apropiarse del capital antes en manos del Estado y entonces gestionado por los mismos que intentaban ahora quedarse con él. Un puñado de estos nuevos dueños, vinculados a la mayor riqueza exportadora rusa, la energía, se habían convertido en oligarcas. Manejaban unas cuentas increíbles. Formaban activos en el exterior de magnitudes alucinantes. Pero eso no bastaba. Debían dar un paso más. Así como se habían apoderado de empresas preexistentes se trataba asimismo de colonizar el Estado desde lo más alto.

Ese proceso de captura completa del Estado por el sector privado (compuesto por antiguos agentes estatales) fue detenido —y luego revertido— por el surgimiento, en el año 2000, de Vladimir Putin, antiguo *apparatchik* o, más específicamente, un *silovik*. No sólo un miembro de la antigua burocracia soviética, sino de los servicios de seguridad de donde parecen provenir varios integrantes de la nueva élite estatal rusa. Los oligarcas se vieron impelidos a reconocer al poder político situado ahora por encima de sus fortunas e integraron a los funcionarios del Kremlin a sus directorios. Putin los disciplinó: le debían obediencia, tenían que olvidarse de influir en la política y a cambio podían proseguir con sus negocios y administrar sus fortunas. El nuevo presidente se situó como mediador indiscutido entre el capital y el Estado.



5.

¿Cuáles son las relaciones de este líder que emergió en el cambio de siglo con el antiguo comunismo y el nuevo capitalismo de Rusia? Neoliberal sin atenuantes, el capitalismo de amigos (bajo su batuta) que Putin puso en marcha incluía una variante singular. El dominio y la centralidad del Estado no se podía discutir. Es bastante evidente que pese a toda la retórica anti-estatal el neoliberalismo no apunta a destruir el Estado sino a apropiarlo y dirigirlo. Esto es lo que buscó Putin, prescindiendo de la obsesiva retórica pro-mercado vigente en occidente y mostrando sin paliativos la capacidad del poder político por sobre los otros poderes fácticos: los empresarios, pero también los religiosos. Esta última dimensión no resulta menor en la Rusia contemporánea porque la Iglesia ortodoxa recuperó muchos de sus antiguos privilegios y, se debe decir también, sus viejas funciones, puesto que funge como auxiliar del poder político.

Por otra parte, el anticomunismo es un sentimiento aún muy intenso en todo el mundo, y no excluye a Rusia. Hay incluso un anticomunismo tan vivo y extendido como delirante que prescinde de la existencia de comunistas reales. Las ultraderechas viven detectando ideas y actitudes comunistas un poco por todas partes en un mundo donde el comunismo brilla por su ausencia. Un buen ejemplo mencionado por Baña fue la reacción contra la vacuna rusa Sputnik por parte de las derechas radicalizadas, pero también de algunas derechas tradicionales. Según aseguraban, aplicarse esa vacuna implicaba exponerse a un peligro ideológico. El delirio no podía ser mayor. Sin embargo el delirio prosperó, al menos en algunos sectores.

Respecto del comunismo, por otro lado, Putin viene impulsando una actitud ambivalente "entre el olvido activo y la recuperación despolitizada", como escribe Baña, con el fin de reforzar el rol del Estado y el orgullo nacional. El propio nombre elegido para aquella vacuna es un buen ejemplo de la manipulación del pasado comunista. La bautizaron como el primer satélite artificial en orbitar la tierra, lanzado por los soviéticos en 1957 y que señaló el inicio de un capítulo muy particular de la Guerra Fría: la carrera espacial entre las superpotencias.

¿Ha quedado algo así como un *homo sovieticus*? ¿Qué características tendría, se pregunta **Rusia hoy**? ¿Dificulta su presencia la evolución del país hacia una "normalidad", es decir, hacia una occidentalización capitalista?

Es claro que existe, entre un sector de la población rusa, una nostalgia por los logros y valores de la URSS, dice Baña. Al mismo tiempo, hay un comunismo *chic* y, fuera de Rusia, un conjunto de señales que indican un interés y un esfuerzo de reivindicación del pasado soviético. Baña elige explorar un conjunto de bandas de rock argentinas cuyos nombres aluden a esa época, algunas con nombres asombrosos ("Lenin tiene hambre"). La digresión puede atraer o distraer;

con todo, es muy original y representativa de que aquello que los alemanes del este (*Ost* en alemán) llamaron *Ostalgie* alcanza no sólo a quienes experimentaron el comunismo realmente existente.

La URSS y su comunismo fue, y en cierto modo sigue siendo, no sólo un mito político, sino uno estético. Esa dimensión constituye también una dificultad mayor para interpretar el período histórico de su vigencia.

6.

Putin transita ahora su quinto mandato. Puede renovar el actual cuando finalice, nos recuerda Baña, y, si lo hace, se convertirá en el gobernante que conservó el poder por más tiempo en toda la historia de Rusia, superando a Iván el Terrible (el primer zar) y a Stalin.

Baña intenta explorar los motivos del arraigado autoritarismo en la historia rusa que, de hecho, apenas conoció algún momento democrático, si es que conoció alguno. Las visiones esencialistas, que deplora, atribuyen este fenómeno a la herencia tártara (los mongoles invadieron entre los siglos XIII y XIV), mientras que otras opiniones, desde esta misma visión general, señalan la influencia de la religión ortodoxa o la ausencia de una tradición ilustrada que derivara en procesos de modernización política como los generados por la Revolución Francesa o la aparición de corrientes liberales que lograran superar la marginalidad política.

La explicación por la que se inclina Baña es multicausal, pero con una fuerte base económica. Rusia se integró en la economía mundial como un país periférico; la integración con el dinámico mercado occidental le permitió emanciparse inicialmente del yugo "asiático" de los tártaros, comenzando por el área moscovita, pero la reafirmó en su atraso como país. Su clase dominante, brutal en el trato con los subalternos, pero al fin relativamente débil, no permitió ninguna apertura y se fundó en la coerción.³

De este modo Rusia se volvió un tradicional exportador de materias primas gobernada por una organización política que giraba en torno a un monarca con atributos divinos, el zar, que no desarrolló instrumentos racionales de poder. En su dominio respaldado en una dimensión trascendental jugaba un gran papel la nobleza que le aseguraba un control territorial tan eficaz como despiadado.

El siguiente desafío nos enfrenta a la revolución bolchevique: ¿por qué giró hacia el autoritarismo? En este caso la interpretación debe atender también a otras dimensiones.

3 Martín Baña, **Rusia hoy**, op. cit., p. 79.

Los factores cruciales, asegura Baña, fueron la guerra civil, que siguió a la toma del poder y la impulsó a concentrar el mando, la crisis económica occidental, que complicó todos los planes, y la necesidad de una industrialización rápida. No hay que subestimar tampoco la cultura de la clandestinidad que arrastraba el partido bolchevique, con su fuerte centralización y la exigencia de aplicar lo que se decidía en las alturas; actitudes imprescindibles para luchar contra una autocracia represiva, pero de las que no logró desprenderse, o sólo lo hizo parcial o temporariamente, cuando conquistó el poder.

Pese a las considerables transformaciones históricas que Rusia experimentó en el siglo XX, hay un patrón socioeconómico que parece repetirse y explicar su autoritarismo, según Baña. La inserción periférica del país en el mercado mundial, las recurrentes crisis internas y la situación de debilidad en la que se encuentra la clase dirigente doméstica la dejó en una situación de mucha exposición. Eso la llevó a temer una pérdida de control lo que a la vez la impulsó a imponerse recurriendo a la coerción. Las crisis internas también desataron luchas internas por la preeminencia entre los dirigentes, lo que agudizó su sensación de debilidad relativa y estimuló su autoritarismo.

7.

A partir de 1985 Mijail Gorbachov inauguró un período de transparencia y reforma que culminó en el naufragio de la URSS en 1991. Dos años después, Yeltsin abolió la Duma e inició la era de un presidencialismo muy fuerte. Putin aprovechó estas atribuciones legales. Pero también las amplió. Para Baña, desde 2012 el gobierno de Putin se volvió casi una dictadura: persigue disidentes, impone la censura, asesina de manera más o menos encubierta a dirigentes de la oposición. En cierto momento, Putin adoptó un discurso nacionalista y muy conservador. Un intérprete citado en **Rusia hoy** lo llega a calificar de fascista, una caracterización muy discutible.⁴

Baña ubica a Putin en la serie de derechistas radicales contemporáneos: Bolsonaro, Trump, Milei. El trasfondo del poder de estas figuras es la manipulación del resentimiento, una categoría de la psicología de masas que hoy en día adquirió mucha vigencia a la hora de entender las adhesiones a las políticas de los ultraderechistas contemporáneos.

Con todo, Putin debe encarar desafíos muy distintos. Por un lado, todas esas corrientes del espectro derechista se definen contrarias a Rusia (y a China) porque se alinean sin dudarlo con Washington. Por el otro, el tema común de los radicales de derecha noratlánticos es la inmigración desmedida. Rusia

enfrenta un problema inverso: una población cada vez disminuida y sin recambios ni refuerzos que provengan del exterior. Pero es cierto que hay un nuevo impulso nacionalista desde inicios de la primera década de nuestro siglo en el oficialismo ruso. Y eso nos lleva al tercer gran tema del libro de Baña, el imperialismo. Porque aquel impulso parecía volverse central cuando arreciaron los problemas en Ucrania.

8.

Baña sostiene que la invasión rusa a Ucrania a finales de febrero de 2022 fue un recurso del Kremlin para responder a las marchas opositoras que habían tenido lugar un año antes, en enero de 2021. Resulta claro, para él, que la decisión no obedecía sólo a factores internos, sino que se combinaba con ellos. El motivo principal, sostiene, era el afán de control imperialista por parte de Putin de un territorio que, en sus discursos, presentaba como un indebido desprendimiento de la madre patria. ¿No se había creado el Rus en Kiev hacía más de mil años? Ucrania no tenía entidad autónoma; para Putin era más bien un invento histórico. Habría en esa operación un uso claro del pasado con ambiciones expansionistas.

El Kremlin se apoyaba en la existencia de minorías ruso-parlantes que en el este de Ucrania eran maltratadas por Kiev para acusarla de exacerbar el nazismo latente del país. En su momento, unos nazis ucranianos habían colaborado abiertamente con la invasión alemana. Eso era un dato inobjetable, pero se pretendía asociar a todo lo ucraniano con ese fenómeno, nada marginal, pero tampoco dominante.

Moscú pretendería relanzar sus viejas ambiciones imperiales apelando a todo este conjunto de razones. En esta justificación, la historia —o su manipulación— juega un papel central; el nacionalismo ruso es su motivación y su complemento. La invasión a Ucrania de 2022 se interpreta en **Rusia hoy** sólo sobre la base de estos argumentos. Quienes esgrimen puntos de vista alejados de las motivaciones centrales de Rusia para invadir que se sostienen en el libro, son calificados de "campistas". Porque están atados a una visión anacrónica de la Rusia de nuestros días y de la política internacional en general. Crean que hay aspectos "progresistas" a rescatar en el gobierno de Putin (en otros casos, ya más disparatados, lo reivindican como la encarnación del comunismo posible) e interpretan a Rusia con los ojos de la Guerra Fría. Este es un punto muy importante del libro. Porque suscita polémicas y porque atiende a un problema muy urgente de nuestros días: el conflicto en Ucrania. ¿Cómo debemos caracterizarlo?

El *campismo* sostendría que siempre que EE.UU. apoye una causa, habría que situarse en el campo opuesto. Como la OTAN está apoyando claramente a Ucrania, es evidente que hay que alinearse con Putin. A partir de esta toma de

⁴ *Ibidem*, p. 92 y ss.

posición se pueden añadir otros elementos complementarios para embellecer la propia posición: Putin es en el fondo progresista, antiimperialista, pro-comunista, etc.. Además, Putin se victimiza: su Rusia siempre es objeto de ataques, de conspiraciones; y la izquierda no hace más que replicar este discurso paranoide, útil al líder ruso.

9.

Más allá de las caricaturas, se puede llegar a otra visión que no pretende ser intermedia. La transición al capitalismo de Ucrania no estuvo exenta de los mismos dramas que sufrió Rusia: una gran violencia, apropiación privada delictiva de los viejos bienes públicos, corrupción inaudita. La diferencia es que los nuevos oligarcas ucranianos se dividían entre prorrusos y pro-occidentales.

Al recuperar su estatuto de potencia militar, Rusia nunca volvió a ser una potencia económica, pero aspiró continuar ejerciendo su influencia en el vecindario. El problema con el que se enfrentó fue que durante su postración nacional sus adversarios habían hecho muchos avances para rodearla.

En un libro muy citado en estos debates, y titulado *Ni una pulgada*,⁵ se revela que el *establishment* tradicional de la política exterior de EE. UU. se oponía a la expansión de la OTAN hacia el este europeo. Tanto Henry Kissinger como el antiguo embajador en Moscú George F. Kennan entendieron que la ampliación de la OTAN provocaría a Moscú y la obligaría a reaccionar. Y a pesar de estar inmersa en una crisis inaudita, Rusia conservaba su temible arsenal atómico. Más tarde fue Kissinger quien señaló que invitar a Ucrania a la OTAN iba a disparar una reacción rusa puesto que para Moscú implicaba cruzar una línea roja. Ninguna superpotencia nuclear acepta que su vecino se enrolle en una alianza militar que la tiene como objetivo hostil. Peor que eso, siempre según Kissinger, la maniobra ucraniana iba a estrechar aún más los lazos de Rusia con China: el arsenal y la fábrica del mundo se unirían, lo que suponía una pesadilla para el declinante poder mundial de Washington.

Tras la caída del Muro de Berlín Gorbachov había recibido promesas verbales del entonces Secretario de Estado James E. Baker en el sentido de que, si el premier soviético aceptaba la reunificación alemana, ningún otro estado del viejo Pacto de Varsovia, fuera de Alemania Oriental, se integraría a la OTAN. Pero no firmaron ningún papel, no hubo un acuerdo formal.

Con el colapso de la economía y la sociedad rusas y la desintegración desordenada de la URSS, la política occidental tomó un rumbo muy distinto al que le prometió

Baker a Gorbachov. Fue Washington quien actuó movido por una mentalidad de la Guerra Fría. Como señala la sovióloga australiana Sheila Fitzpatrick en un comentario acerca de ese período: "Los grandes temas en los primeros años de la Guerra Fría eran la influencia soviética en Europa Oriental y la bomba atómica. En la visión de EE. UU. (...) la insistencia de Moscú por hacer de toda la región una esfera de influencia soviética era apenas el primer paso de una campaña para subyugar a toda Europa".⁶ Más adelante, en el mismo artículo, Fitzpatrick intenta reflejar un mecanismo. Tras aportar una serie de ejemplos históricos, concluye que "Esta secuencia sigue un patrón bastante estandarizado de la Guerra Fría en el cual los soviéticos reaccionaban a una iniciativa de los EE.UU. antes que tomar la iniciativa ellos mismos. Eso se daba esencialmente porque EE.UU. eran más fuertes y más ricos".

Cambiando lo que haya que cambiar, la descripción parece hecha en el presente, incluyendo la idea disparatada de que Rusia quiere atacar Europa Occidental y someterla. Ello está extendiendo una paranoia en la clase política del continente que llegó a imponer un drástico aumento del presupuesto militar de todos los países de la Unión Europea a expensas del gasto social, lo que pavimenta el camino para las rampantes ultraderechas domésticas. Trump amenazó con retirar su protector paraguas nuclear y conminó a los europeos a profundizar el ajuste fiscal en beneficio del gasto bélico, buena parte del cual, por supuesto, acabará en la industria armamentista estadounidense. Al mismo tiempo, intenta convencer al presidente ucraniano Zelensky de que firme la paz con Putin y ceda un 20% de su territorio mientras que EE.UU. se encargaría de administrar la minería de las llamadas tierras raras. ¿Puede llamarse a eso un compromiso con el futuro de Ucrania o es más bien la constatación de que la apuesta por erosionar militarmente a Rusia fracasó y que en el futuro Ucrania debe arreglárselas como pueda?

Antes de la caída del muro de Berlín la OTAN contaba con dieciséis miembros; en la víspera de la invasión rusa a Ucrania tenía casi el doble, treinta, varios de ellos en contacto con las fronteras rusas. Después de la invasión se integraron dos más, Suecia y Finlandia. Este último país limita con Rusia a lo largo de mil trescientos kilómetros, ningún otro integrante de la OTAN tiene una frontera más extensa. Finlandia se ubica muy cerca de la segunda ciudad de su vecino, San Petersburgo, y de la principal base rusa de submarinos del Ártico. Con su incorporación, las fronteras de la OTAN con Rusia casi se duplicaron. Pero eso sucedió después de la invasión a Ucrania, de modo que es un efecto —negativo— de la incursión ordenada por Moscú, sin duda ilegal desde cualquier parámetro jurídico.

5 Mary E. Sarotte, **Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate**, New Haven, Yale University Press, 2021.

6 Sheila Fitzpatrick, "Not Corrupt Enough", en **London Review of Books**, Vol. 47, n° 5, 20 de marzo de 2025. Disponible en <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v47/n05/sheila-fitzpatrick/not-corrupt-enough>

10.

A los "campistas" se les reprocha embellecer a Putin y a su invasión. Los campistas hacen malabares para justificar la prepotencia rusa con argumentos traídos de la Guerra Fría. Más allá de estas fintas verbales, lo cierto es que la incursión rusa fue claramente eso: una invasión, es decir, una violación del derecho internacional. Putin no es un demócrata liberal ni un sucesor del comunismo que se proponga restituirlo. Es claro que considera a Ucrania su línea roja y que no permitirá que se integre en la OTAN. ¿Es justo eso? Lo ideal sería que Ucrania gozara de autodeterminación y, todavía mejor, que se declarara, como Suiza y Austria (y Suecia hasta ayer) neutral en una puja de poderes que la supera.

Pero la OTAN, según una interpretación "campista" con la que este comentario acuerda, decidió sacrificar sin miramientos al país para debilitar a Rusia. E intenta debilitarla porque EE. UU., que obviamente comanda la OTAN, consideraba estratégicamente relevante dejar fuera de juego a la nación que manejaba el principal arsenal nuclear del mundo y hasta antes de la guerra suministraba el mayor caudal de energía a Europa. Por eso los estadounidenses volaron los conductos gasíferos submarinos que proveían gas barato por el Báltico a Alemania.

La industria alemana no logró recuperarse de ese golpe pues tuvo que comprar gas licuado proveniente de EE. UU. y mucho más caro. El impacto se sintió también en los hogares. Como parte del "acuerdo" sobre aranceles que Trump firmó con Ursula von der Leyen en un campo de golf escocés en agosto de 2005, Europa se compromete a comprar una enorme cifra en energía estadounidense (además de estar obligada a realizar inversiones en el país y sufrir el sobre costo arancelario para sus productos). También debe comprar armamento estadounidense con su acrecentado presupuesto militar.

11.

El actual cerrojo geopolítico a la Rusia de Putin viene de lejos. Angela Merkel y François Hollande declararon a la prensa alemana, cada uno por su parte, que los acuerdos de Minsk a los que habían llegado con Putin sobre la cuestión ucraniana —respeto a las minorías rusófonas y a la neutralidad de Kiev— eran sólo excusas para ganar tiempo y entrenar y pertrechar a las fuerzas armadas ucranianas. Por lo demás, un mes después de la invasión rusa, las partes en conflicto estuvieron cerca de cerrar un acuerdo en las conversaciones de Estambul, sólo que el primer ministro británico, Boris Johnson las hizo naufragar para beneplácito de Washington.

Para los "campistas" es evidente que la OTAN no se interesa por la suerte del pueblo ucraniano, que se encuentra exhausto.

La OTAN utilizó al país para intentar debilitar a Rusia. Los estrategias más inteligentes de Washington recomendaban en cambio reprimir la rusofobia tradicional del *establishment* del país para evitar que Moscú terminara sellando una alianza con Beijing. Y eso fue lo que venía sucediendo antes de la guerra y terminó por consolidarse después.

Entretanto, Ucrania es una ruina. Su presidente tuvo que dar marcha atrás en medidas que parecían encubrir la corrupción y despertaron la indignación popular en las calles. Todo esto en medio de una guerra que dura ya más de tres años. Zelensky, un comediante dueño de una red de empresas *off shore*, suspendió las garantías democráticas y sigue en el poder más allá de su mandato electoral debido a la guerra. Muchos ucranianos abandonaron el país. Las infraestructuras están en gran parte destruidas. Kiev depende también del FMI; era un gran deudor aún antes de la guerra y nadie condonó esa deuda. Trump maltrató a la vista del mundo a Zelensky porque le exigía negocios a cambio de apoyo. Ahora quiere que los europeos paguen por la asistencia militar puesto que EE. UU. estaría cansado de ofrecerla gratis.

12.

El libro de Bañá aparece en un momento dramático. Todos los signos están en rotación. Hay un cambio profundo en el mundo que surgió del fin del comunismo. La globalización puede estar llegando a su fin. La hegemonía absoluta de EE. UU., el dato más impactante del final de la Guerra Fría y de su victoria absoluta sobre la URSS., entró en una zona de entredicho. El declive europeo es patente, la emergencia de actores internacionales que desafían al hegemon tradicional se vuelve evidente. Un multilateralismo en ciernes parece ser un camino futuro. Es muy claro que el mundo está cambiando. Es menos claro la dirección que toma.

Rusia hoy pone sobre la mesa una serie de temas relevantes y actuales. De un lado nos devuelve la imagen de un país que apenas conocemos pero que es un motivo de nuestra conversación política cotidiana dado que es una potencia mundial y toma decisiones que repercuten en todo el globo. Y es también parte de nuestro imaginario, porque aporta elementos de cultura literaria, científica, musical y por supuesto política. Resulta curioso que, dado este contexto, apenas haya especialistas en el tema. Por suerte hay uno, profesor de historia de Rusia en dos universidades, que escribió un texto muy informado, ágil para la lectura y a la vez elegante, con notas musicales y unos ejes muy nítidos.



Referencias bibliográficas

- Baña, Martín, **Rusia hoy**, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2025.
- Fitzpatrick, Sheila, "Not Corrupt Enough", en **London Review of Books**, Vol. 47, n° 5, 20 de marzo de 2025. Disponible en <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v47/n05/sheila-fitzpatrick/not-corrupt-enough>
- Sarotte, Mary E., **Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate**, New Haven, Yale University Press, 2021.

Resumen:

Rusia se volvió una especie de geografía fantástica para Occidente. De allí provenían grandes obras de arte, descubrimientos científicos y una historia cuyos hitos, ante todo la Revolución de octubre, habían alimentado la imaginación de todo el mundo. Pero es también la fuente de relatos inquietantes: la crueldad oriental, la violencia de sus autocracias. A partir de un libro del historiador y eslavista Martín Baña se discuten aquí algunas imágenes de Rusia, en particular aquellas que más incidencia tienen en nuestros días. Baña se concentra en una caracterización de la actualidad del país y su régimen de gobierno. Se interesa asimismo por el papel internacional de Rusia y, desde luego, brinda una interpretación del conflicto que está protagonizando con Ucrania. Sobre este punto se abre aquí un debate. Entre las cuestiones que se abren a la polémica se encuentran preguntas como ¿está protagonizando Rusia una agresión imperialista con fines expansivos en Ucrania o, en cambio, está respondiendo, en su rol de gran potencia, a una provocación a través de un actor vicario situado en el que considera su esfera de influencia?

Palabras clave: Rusia; Política; Ucrania; Guerra.

Between yesterday and today: Russian motives

Abstract:

Russia became a kind of fantastical geography for the West. It was the source of great works of art, scientific discoveries and a history whose milestones, above all the October Revolution, had fuelled the imagination of the whole world. But it is also the source of disturbing stories: Eastern cruelty, the violence of its autocracies. Based on a book by historian and Slavist Martín Baña, this article discusses some images of Russia, particularly those that have the greatest impact on our lives today. Baña focuses on a characterisation of the country's current situation and its system of government. He is also interested in Russia's international role and, of course, offers an interpretation of the conflict with Ukraine. This point opens up a debate here. Among the issues open to debate are questions such as: Is Russia carrying out an imperialist aggression with expansionist aims in Ukraine, or is it responding, in its role as a great power, to a provocation by a proxy actor located in what it considers its sphere of influence?

Keywords: Russia; Politics; Ukraine; War.